

Homenaje a Pablo Antoñana

San Gregorio Ostiense, Sorlada, 21 de Septiembre de 1996

Gregorio Monreal, José M^a Jimeno Jurío, Ricardo Erce,
Bernardo Atxaga, Javier Eder, Pablo Antoñana

BIBLID [0212-7016 (1997), 42: 1; 221-232]

GREGORIO MONREAL ZIA

Hemos llegado hoy desde distintas partes de Euskal Herria a la basílica de San Gregorio Ostiense, abierta a todos los vientos en la Sierra que une Codés y Monjardín. Es una respuesta a la llamada de Eusko Ikaskuntza y del Centro de Estudios Tierra Estella, que se han propuesto honrar y manifestar su aprecio al escritor Pablo Antoñana Chasco, hijo de Viana y padre creador de un universo literario centrado en la República de Yoar.

Estoy poniendo en relacion a la República de Yoar, y a Pablo Antoñana, el autor de su consagración literaria. La Berrueza y Deio existían ya antes de que Navarra como tal presentara su tarjeta de visita en el escenario de la Historia. Son las terras de Berrotza y el país de Deio de las que habla la crónica de Alfonso III, cuando dice que no hubo necesidad de repoblarlas porque siempre fueron poseídos por sus habitantes. Con cierta melancolía se constata que el reconocimiento literario de este antiguo país, de estas tierras hermosas, austeras, duras, coincide con el momento de su vaciamiento, con el drástico declive de su población. Antoñana ha sido testigo de la desaparición en las últimas décadas de cientos de familias. La vocación natural de todo lo que existe es sobrevivir, y las gentes de estas tierras merecerían un futuro que en todo caso tendrán que ganar.

El reto para las tierras occidentales de la Merindad de Estella está en invertir lo que parece una tendencia natural de la Historia, y que sin embargo no es tan natural, como lo han acreditado las gentes de otras áreas de este país con su imaginación y sus esfuerzos. En esa tarea de reconstrucción hay un momento necesario que es el del autorreconocimiento, el de despertar la conciencia, el saber de donde se viene y qué se es. Pues bien, al

construir su mundo literario Pablo Antoñana ha explorado el pasado más inmediato de esta tierra, ha descrito el último siglo y medio de una sociedad tradicional sacudida por las guerras civiles. Su escritura nos ha ayudado a reconocernos, a tomar conciencia de que somos el resultado de una herencia, de un largo tiempo pasado, que no se puede comprimir como una acordeón, pero que sin embargo casi lo tocamos con la mano. Antoñana ha sabido palpar y poner ante nosotros los hechos subyacentes, oscuros, de un pasado que todavía flota alrededor. Qué otra cosa es la identidad sino un residuo, una amalgama variada, el resultado vivo de lo que va quedando del interminable pasado? Qué otra cosa sino un proceso, un combate constante de nosotros contra nosotros mismos?

Pablo ha escrutado nuestro pasado y lo ha interpretado con pasión, desde sus experiencias del mundo rural, desde su indignación, sus temores. Ahí está su obra y la que esperamos que vaya alumbrando en estos años de sosiego y de plenitud. El debe ser consciente que solamente vivimos plenamente el presente cuando lo prolongamos en el futuro, cuando somos capaces de enmarcarlo en un proyecto de porvenir.

El acto de hoy es de suyo formal, e inevitablemente protocolario, pero a la Sociedad de Estudios Vascos le gustaría que Pablo Antoñana sintiera el carácter festivo de este homenaje, que se hallara cómodo y en familia en este entorno. Pablo es miembro de Eusko Ikaskuntza desde junio de 1979, desde casi el momento inicial de su restauración.

Voy a ceder la palabra a los miembros de la mesa que se van a referir a la figura de Antoñana. Pero antes de que intervenga D. Antonio Herce, Presidente del Centro de Estudios "Tierra Estella", voy a hacer constar la satisfacción de Eusko Ikaskuntza por haber cooperado en la preparación del Homenaje con la citada institución, y el deseo de continuar colaborando con ellos en el futuro. La Sociedad de Estudios Vascos tiene el propósito de unir sus esfuerzos a los de otras instituciones de ámbito de Merindad dedicadas a la difusión del conocimiento y que nacen de la vitalidad de la iniciativa popular. Lo mismo podríamos decir respecto de la coral estellesa Ereintza. Que conste también el agradecimiento a los señores Atxaga, Eder, Jimeno Jurío y Yerro, que han querido glosar con toda autoridad ante Uds. la obra y la personalidad de un amigo grande y entrañable. Es obligatorio mencionar a los alcaldes de los pueblos de Viana, Los Arcos, Sorlada, Sansol, Desojo, El Busto, Otiñano, Ubago, Mirafuentes, Piedramillera, Mues y Etayo. Ellos ostentan la representación de algunos municipios de la República de Yoar y a buen seguro son portadores del afecto de los vecinos. No debiera faltar una alusión de gratitud al capellán de esta espléndida basílica, D. Javier López. Hoy es también un gran día para él, porque el templo que tanto estima y al que dedica sus mejores horas ha tenido el uso más adecuado aunque sea insólito. Y gracias de todo corazón, en nombre de Eusko Ikaskuntza, a todos los que nos estáis acompañando en este acto de homenaje a Pablo Antoñana.

JOSÉ M^a JIMENO JURÍO

En el "memorandum" biográfico que suele pedirse al autor de un libro para insertarlo en la solapa, en la de *Noticias de la Segunda Guerra Carlista*, Pablo anotó lo más imprescindible de su ficha vital. Precede al rolde escueto de sus publicaciones, cerrado con este colofón: "Los demás datos de mi vida carecen de significación, por lo que renuncio a constatarlos".

Dos afirmaciones que merecen mi respeto, pero que no comparto del todo. Porque el conocimiento de unos datos biográficos o de un espacio geográfico resulta irrenunciable para comprender mejor la fisonomía espiritual o la obra de un personaje, para sentirse afañosamente solidario y compañero con ese "solitario buscador de verdades", que Pablo confiesa ser y es.

No renuncio a mencionar unos pocos datos personales suyos y de su tierra, entre otras razones porque me han honrado con la satisfacción de hablar en esta reunión de amigos sobre el escenario físico en que nació y vivió Pablo, trozo merindano que él llamó la *República de Yoar*, con sus dos núcleos urbanos capitales: Viana y *Arkueta*, nombre vasco de Los Arcos recogido en el Fuero de Estella. Y el santuario de San Gregorio el Ostiense, donde nos encontramos.

En la casa del santuario coincidimos hace muchos años una tarde dominguera con el matrimonio amigo Antoñana-Sáinz, y con Victorino Oyaga, "el ciego de Metauten", uno de los representantes del mester de picardía que ha dado esta tierra de Yoar. Acordeón en manos fue desgranando un rosario de coplas ingeniosas. Suyas son algunas que diré, alusivas a estos pueblos, como muestra del talante creativo de un hombre del país.

La República de loar se inicia en Viana, corre mugas con Alava hacia el Norte por el despoblado de Longar, y abarca la parte oriental de la val de Aguilar con Desojo, la Berrueza entera, jamás de moros poseída, y Sansol y El Busto, villas occidentales del distrito de Los Arcos, donde Pablo ganó el pan como secretario de sus Ayuntamientos hasta la jubilación. Goza de bioclima mediterráneo, con encinar y quejigos, olivo y vid en las solanas, cereal como cultivo mayoritario y cereal predominante.

Lástima que en la Ciudad no sepan aprovechar los recursos eólicos, en opinión de Oyaga:

Qué rica sería Viana
si aprendieran a embotar
todo el aire que les baja
desde el alto de Aguilar.

Preside y nomina el territorio la cumbre caliza de loar (1.421 ms.), en la Sierra de Codés, coronada por las ruinas del castillo de Malpica, morada del legendario Juan Lobo, feroz bandido de secano y regadío, capturado, juzgado, hallado pecador impenitente, y ejecutado en Torralba cada solsticio de San Juan. Al pie de la sierra está el santuario de Codés.

Llama la atención la omnipresencia de una hagonimia que parece bendecirlo todo. En Desojo, por ejemplo, el alto de San Cristóbal, el cerro de San Blas, el puente de San Miguel, el río de San Pedro o de Melgar, el desolado de Santa María de Villanueva, y San Martín y San Bartolomé, nombres de otras tantas ermitas, se aprietan en los 13,6 kilómetros cuadrados del término municipal. Victorino el de Metauten, y otros poetas populares aludirán a esta presencia:

San Antonio está en La Aldea,
San Roque en la Población.
en Aguilar San Cristóbal
y en Cabredo San Simeón

San Andrés está en Orbiso,
San Vicente en Antoñana,
San Roque en la Población
y la Magdalena en Viana.

En otra cumbre menos eminente, pero aún más benefaciente, se alza el retablo barroco del santuario de Gregorio el Ostiense, abierto a la intemperie.

En medio de la Berrueza
hay una maceta de oro,
en la maceta un clavel
y el clavel es San Gregorio.

Ese santoral que corona montes y bautiza llanos ioartarras, reliquia legada por una sociedad necesitada de protección divina para las personas, las cosechas, las plagas agrícolas y el ganado, apenas se asoma a los paisajes pintados por Pablo, ni siquiera en la forma difusa con que lo hizo Victorino el de Metauren en esta copla genial:

Allá arriba, no sé dónde,
había no sé qué santo
que por rezar no sé qué
se ganaba qué se yo cuánto.

En Viana, titulada Ciudad desde 1630, nació Pablo en octubre de 1927, en la cama, cuarto y casa donde vivió y murió el escritor Navarro Villoslada. Casa nativa, pero ajena. En su huerta cultivaba la abuela Margarita toda clase de flores para la Virgen de mayo y el Corpus Christi. En su balcón, el que da a una placita silenciosa, la madre Blanca Chasco, incansable contadora de las historias oídas a doña Blanca Navarro Villoslada y a otras comadres ciudadanas, fue la que, sin ser consciente de su siembra, estaba enseñando a contar historias a su hijo. Ella fue, y no el episodio casual de un mismo lugar de nacimiento, ni el conservadurismo carlo-integrista del predecesor ilustre, la que reparó al narrador.

Aquella casa, cuna y santuario, fue invadida por los fantasmas del barón de Vignecourt y su familia, hechos a dar órdenes y a percibir rentas. Espectros de *Pequeña crónica* pululando en el zoko, abandonado por sus fieles servidores, vaciado de todo lo que pudo haber sido museo y gloria de Viana, como alguien soñó, quiso e intentó.

Viana es alguien a quien Pablo declara llevar siempre muy adentro, retratada en *Paisaje íntimo*, y más recientemente en *Viana inexpugnable*. Aunque el literato no lo diga, el término de la Ciudad es un inmenso cementerio de individuos, pueblos y culturas. En el Paleolítico medio se inició el poblamiento en *La Custodia*, rica y próspera urbe destruida definitivamente durante las guerras sertorianas en el siglo anterior a nuestra era. Siguieron en el Neolítico final y el Calcolítico los enterramientos del hipogeo de Longar, y, ya sin interrupción, culturas de las edades del Bronce y del Hierro, y la romanización en no menos de diez "villae" señoriales, de las cuales algunas perduraban habitadas en el siglo XIII, cuando Sancho el Fuerte concentró en la plaza amurallada a las gentes de Cornava, Cuevas, Goraño, Longar, Perezuelas, Piedrahita, Soto y Tidón, buscando seguridad para la población, al nacer la frontera con Castilla en 1200.

Viana está a cuatro pasos de Logroño, recorridos en bicicleta por Pablo para cursar el bachillerato y Magisterio en la Escuela Normal, que simultaneó con la carrera de Derecho en Zaragoza.

Todavía sin terminar el servicio militar, solicitó la plaza de maestro en Baquedano, por constarle que aún quedaban vascohablantes en esos pueblos amescoanos, con quienes confiaba poder aprender la vieja lengua. Pero un puro trámite administrativo lo impidió, privándonos quizás de haber contado a Pablo entre los literatos euskaldunes contemporáneos.

El de secretario no fue sólo el “oficio de llevar el pan a la boca”. Fue zambullida de curioso en el alma popular, a través de papeles y de gentes. Enriquecedora fue la relación con los moradores de la República de Ibarra, conservadores fieles de un léxico vivo en extinción, y de historias y relatos, transmitidos de bocas a oídos, que luego el escribano recopiló y plasmará en sus escritos. Una delicia oír contar a los viejitos, juntos “en la mesa de la taberna, al calor del fogón, o bajo la luz del candil de aceite en las ‘pajadas’ de Viana, las noches de invierno en las que se hilaba, cosía, bebía, cantaba y contaba”.

El territorio ibararra huele a pólvora de pistola, trabuco y cañón, a sangre, desalimientamiento y muerte. Las guerras, las batallas entre guirris y carlistas llevan nombres de montes y aldeas merindanos, desde Aguilar y Torralba hasta Monjardín y Montejurra. Por Viana entró en octubre de 1833 Santos Ladrón de Cegama, gritando “Viva don Carlos”. Mandaba una partida de voluntarios armados con garrotes. Hecho prisionero en Los Arcos, su ejecución en la Ciudadela de Pamplona marcó el inicio de la primera sublevación carlista. El paisaje está desgastado por la mirada de los generales isabelinos: Valdés, Lorenzo, Oráa, Quesada, Rodil, Córdoba, Figueras y muchos más, empeñados en llegar al refugio y cuartel general de Zumalacárregui en las Améscoas, o en ganar una condecoración o un título, lanzando a la muerte, cuerpo a cuerpo a la bayoneta, a voluntarios y soldados en Nazar, Asarta, Viana, Muez, Artaza, Erául, Peñas de San Fausto, Mendaza, Los Arcos, y Arquijas, durante la primera carlistada, o, fuera de nuestra República, en torno a Estella, corte del pretendiente Carlos VII, en las batallas de Erául, Montejurra, Lácar, Monte Muru y Abárzuza, donde en 1874 murió el general Concha, Marqués del Duero.

En 1967 la familia fue a vivir a Los Arcos. Desde niño aprendió Pablo de su abuelo a plantar viña, injertar, podar y otras labores. Ahora, de mayor, practicará lo que él llamó *huerting*, verbo hispano-inglés traducible por “huertear”, deporte favorito para relajo personal y abasto de la casa. El huerto está en *El Molino*, donde Molindiago. En 1381 tenía el monasterio de Irache una viña en el término “clamado Molendiago, tenient con el río que deciende de Mues enta Los Arquos”. Tuvo tres piedras molares y tres arcas, que lo denotaban como uno de los más importantes de la villa. El edificio sigue, sin agua ni muelas ni grano ni harina, entre el río Odrón que baja de Mues y la acequia del regadío. Preside la huerta donde Pablo cultiva verduras y legumbres. Ocupa la portada y contraportada de *Pequeña crónica*, edición Pamiela, 1984, de la que tengo un ejemplar con firma ilegible bajo esta dedicatoria: “Que cumplas muchos años, y yo que lo vea”. Así será. Gracias, amigo, por serlo y por tu magisterio. Gracias, Elvira, por cuidarlo y cuidárnoslo.

RICARDO ERCE EGUARAS

Centro de Estudios Tierra Estella. Lizarralde Ikastetxe

Sr. Don Pablo Antoñana, señores alcaldes y autoridades, amigos de Eusko Ikaskuntza y del Centro de Estudios Tierra Estella (CETE), amigos todos:

Es un gran honor para el Centro de Estudios Tierra Estella, y para mi como presidente, poder asistir hoy a este homenaje popular al escritor Pablo Antoñana. Si no llevo mal la

cuenta es el tercero que se realiza a su persona en poco tiempo. Es verdad, en este caso, el refrán de que no hay dos sin tres.

Uno de los compromisos que tiene asumidos el CETE, es el de promover y dar a conocer la cultura de nuestro Pueblo y de aquellos que la generan. Dentro de esta línea hemos realizado, en los últimos años, un homenaje a don Emilio Redondo, secretario de Zudaire; por su labor de prospección, catalogación y publicación de materiales prehistóricos y paleontológicos de la Sierra de Urbasa. Posteriormente le realizamos otro al tristemente fallecido don Antonio Zuza, que fue secretario de Ayegui, por su labor como poeta y versificador. El CETE ha publicado su obra poética, con el patrocinio del Ayuntamiento de Ayegui y Gráficas Lizarra.

Hoy nos sumamos a Eusko Ikaskuntza, a la coral Ereintza y a todos ustedes, en este homenaje popular a don Pablo Antoñana, que no solo tuvo la suerte de nacer en la ilustre ciudad de Viana, sino que además respiró, por primera vez, la atmósfera literaria de la casa donde nació, vivió y murió el escritor don Francisco Navarro Villoslada.

Cuando llegó a mis manos el número 16 de la colección *Panorama*, "Noticias de la 2ª guerra carlista", supe a la primera ojeada que algo muy interesante entraba en mi biblioteca. Reconozco que en un principio fueron las exquisitas acuarelas, que sobre las batallas carlistas acompañaban al escrito, las que me alegraron "el ojo". Posteriormente el magnífico texto y la particular visión que el autor, Pablo Antoñana, hacía de las motivaciones carlistas (Dios, Patria, Rey), confirmaron la buena compra. He releído varias veces el libro y del mismo me van a permitir ustedes que termine leyendo un pequeño fragmento, en el que el autor describe al pueblo carlista de aquí, de estos lugares donde hoy nos encontramos, en la que fue la 2ª Guerra Carlista:

"El territorio donde ocurren los pocos hechos que recojo en espigueo corresponden al diminuto país de mi invención, república de loar, y sus provincias irredentas de La Berrueza, las Cinco Villas, el arciprestazgo de Berberiego y tierras adyacentes, incluida la fosca angostura del Valle de Aguilar, en tiempos vivo y floreciente, hoy ruina desmoronada. Empleo la palabra país, vieja y con regusto, porque así lo hacen los papeles, los bandos de guerra, los regidores y la Diputación del Reino. País feudatario de la ciudad de Estella, capital del Estado Carlista y sede de aquella curiosa y pintoresca corte llena de intrigantes y oficinistas.

Los pueblecillos, lugares, villajes, que componían el circunscrito territorio tenían reducida significancia: El Busto, 208 moradores. Nazar, 234. Mués, 420 y la capital que fue administrativa y luego cantón militar, Los Arcos, donde pernoctan los Comisarios de Guerra y los comandantes de Armas y reside la cárcel, la Real Tabla y sus aduaneros el Portazgo y el Despacho de Correos, tiene 2.000. Bosques de encina, campos de trigo, viña, olivar y pastos para los rebaños de la Mesta, son apetecidos y castigados. La rugosidad geológica, los puertos secos, los congostos, lo hacen propicio para acoger, refugiar, amparar tropa. Lugar seguro, sitio de paso. Lo visitaron antes la gente francesa y su sangre tinta, el estruendo, ocupan todavía la memoria, los carlistas gloriosos de Zumalacárregui y ahora la tropa republicana del coronel Navarro derrotado en Eraul, los Húsares de Pavía, el brigadier Salcedo. Hay vivo ruido de sables, batir de herraduras, y relumbramiento de lanzas, y paños azules de pantalones con junquillo, hules charolados en cartucherines, tahalíes, roses, fuegos humosos de vivac. Nunca el pequeño país tuvo tanta vida, ni fue tan habitado.".....

Pablo: los aquí reunidos esperamos que disfrutes de este día otoñal y en este marco incomparable en que nos encontramos. El CETE te considera desde hoy un socio y amigo mas y deseamos que nuestra relación de amistad perdure muchos años.

Muchas gracias a todos por su asistencia. Eskerrik asko.



Javier Eder, Tomás Yerro, Gregorio Monreal, Ricardo Erce, José M^a Jimeno Jurío, Bernardo Atxaga.



Intervención de Pablo Antoñana.

BERNARDO ATXAGA

Creo sinceramente que en ceremonias como ésta lo fundamental es la presencia y que, en ese sentido, nosotros ya hemos cumplido con Pablo Antoñana. Estamos hoy, día de su homenaje, junto a él, y expresamos de esta manera nuestro sentimiento, el respeto y la admiración que nos inspiran su obra y su trayectoria como escritor.

Antoñana es un hombre que, como mínimo, ha luchado contra tres circunstancias. Contra la circunstancia política, en primer lugar, puesto que desarrolló una buena parte de su trabajo durante una postguerra que aquí al menos, en el norte, fue muy larga y duró unos treinta años. Luego, en segundo lugar, contra la circunstancia que podríamos llamar cultural, contra un desierto donde los escritores no podían vivir de su trabajo y donde cualquier cosa era posible. ¿Han reparado ustedes en que la novela de Antoñana "Cuerda rota", finalista del premio Nadal, estuvo inédita hasta hace unos pocos años? Hoy en día, sería imposible. Las novelas que llegan a la final de ese premio no sólo se publican, sino que agotan varias ediciones. En tercer lugar, Pablo Antoñana ha sido siempre un hombre con un gran amor hacia lo vasco; un hombre que ha creído en esa unidad que llamamos Euskal Herria y que, ya en la madurez de su vida, ha tenido la voluntad de aprender la Lingua navarrorum, el euskera. Su actitud no era muy general, porque la alargada sombra de la guerra propiciaba lo contrario, y de ahí que se convirtiera, esa actitud, en otra dificultad, en otra mala circunstancia.

A pesar de todo, Pablo Antoñana ha hecho una obra que ha aguantado bien, que se puede leer ahora y se podrá leer dentro de 10 o 20 años. Por poner un ejemplo, ahí está su novela "Sumario", tan viva y emocionante para el lector de hoy como para el de la época en que se escribió.

No tengo más que decir. Espero que este homenaje le ayude a Pablo Antoñana a seguir adelante y, sobre todo, a pasar un buen día.

JAVIER EDER

Recuerdo que, en su *Diario*, Miguel Torga, un escritor que como Antoñana vivió siempre apartado, dice que solemos carecer de imaginación para honrar a nuestros semejantes. Sin embargo, hoy estamos honrando a Pablo Antoñana, un semejante al que durante años y años se hurtó el reconocimiento que merecía. Por lo general, en esta tierra hemos tenido más imaginación para rendir homenaje a cosas que, cuando se escriben con mayúsculas, son terribles: los Caídos, Los Muertos, la Bandera, la Patria... Así que el hecho de que hoy estemos honrando a un semejante, creo que nos honra a todos.

Yo soy de esta tierra, de uno de esos lugares a los que Antoñana llama en sus escritos "los desnudos, desolados paisajes de somontano de las Cinco Villas", y por eso, además de tener las buenas razones que tenemos todos para estar aquí —el respeto, el afecto, la consideración hacia Pablo—, tengo que agradecer al creador de la República de Y oar el hecho de poder reconocermé en una patria. Por patria entiendo lo que entendía los griegos: el lugar de nuestros padres, de los afectos, de los seres queridos, el paisaje de la infancia. Escrito con mayúsculas, el lugar de los padres se convierte en el lugar de los patriarcas, y así es como la patria suele transformarse en una matriarca tiránica, saturnal, que exige el derramamiento de la sangre de sus hijos. Mucho de esto hay en la literatura de Pablo Antoñana.

Pablo Antoñana ha contado en sus libros –y ésta es la deuda añadida que tenemos con él los de por aquí– lo que hemos sido en el tiempo, y cómo, a menudo, la bandería nos ha llevado a la catástrofe a que conduce un mal entendimiento de la patria. Pablo ha contado lo que somos, y cómo nos hemos ido convirtiendo en gente escéptica, descreída, fatalista. Los de por aquí tenemos un talento desmesurado para el sarcasmo. Mientras que en la República del Bidasoa la gente suele tener el nombre de su caserío, por aquí empleamos mote ferodes –Zapatones, Arrastracristos, Pulgilla–. Juan Benet, un escritor al que la crítica literaria ha relación con Pablo Antoñana, decía que el sarcasmo es una forma refinada de crueldad, a diferencia de la ironía, que es una forma refinada del entendimiento.

Hemos sido gente a la que han llevado y traído en bandería; hemos abrazado Causas, profesado Fes... Eso es lo que nos ha conformado y así aparecemos en los relatos de Antoñana. Sin embargo, en la literatura de Pablo, de una forma más oculta, también hay una serie de cosas que somos: también hemos sabido ser gente hospitalaria, respetuosa de sus mayores y sus seres queridos, gente que ha sabido tener cierta dignidad en la derrota, hasta donde eso es posible, y en la humillación. Pablo Antoñana, como Goya, ha contado los desastres de nuestras guerras, siempre la misma guerra y quizá los desastres de la guerra han situado a Pablo en el mismo terreno donde finalmente se sitúa Goya: en el “no hay remedio”, como no sea el remedio del escepticismo y el descreimiento.

Somos tal y como podemos vernos en el espejo de la literatura de Pablo Antoñana. En ella están las claves de las que de nuestras formas de ver y vivir la vida. Pablo Antoñana ha contado lo que somos y a partir de ahí, cada cual, por su cuenta y riesgo, puede pensar –pensar, desde luego, tiene riesgos y no se sabe si trae cuenta–, si podemos, si debemos ser diferentes. La literatura de Pablo Antoñana está hecha en tiempo. El tiempo, la memoria –algo que la inmediatez y velocidad de la cultura está anulando–, es la densidad que nos permite reconocernos y proyectar en el presente formas nuevas de ser y de relacionarnos.

La literatura de Pablo Antoñana también está hecha de lo mismo que esta basílica de San Gregorio Ostiense. En esta basílica, como en todo el barroco de la República de Yoar, la precisión conceptual va unida a la proliferación formal. La literatura de Pablo Antoñana, por el hecho de restituírnos la precisión y proliferación verbal que la lengua había ido perdiendo en los usos gastados de la vida diaria, es el tesoro que nos enriquece, no sólo a los de aquí, por el que tenemos tanto que agradecerle a Pablo, y por el que todo reconocimiento de su obra es más que merecido.

PABLO ANTOÑANA

Queridos todos y entre todos estáis las todas, como Dios y la gramática de siempre mandan:

Debo dar antes de nada las gracias a Eusko Ikaskuntza por haber congregado aquí a mis amigos. No soy hombre de ceremonia ni protocolo pues me crié en la tosquedad y precariedad de mi tiempo, por tanto tosco soy e ignoro por descuido y negligencia esas reglas que acomodan al hombre cortés.

Quiero decir que me encuentro un poco extraño en este ámbito y que dudé si aceptar o no la invitación que se me hizo de ser agasajado con el humo del incienso, pero gente

amiga decidió casi por mí. He vivido siempre desconfiado, huidizo, buscándome, seguro de no saber comunicarme padecí desazón y en este mismo momento, desde la cota de mis años, veo con agrado que hay quien siente afecto por mi persona y por mi obra. O viceversa. A todos os doy las gracias por el obsequio que con vuestra presencia me hacéis. Quiero creer que pocos habrán venido por compromiso, como en los entierros y ello me llena de contento.

Llegué a esta tierra en que ahora estamos, el año de 1952, en ella me quedé y fue muriendo, día a día, el caudal de mi existencia, ella me hizo escritor y también hombre. No diré como aquel viejo cura ecónomo de El Busto que se me quejó diciendo: aquí envejecí, empobrecí y embrutecí. No, yo corrijo a Don Elviro y de estar vivo le diría que aquí enriquecí, no mi bolsillo faltriquero, sino el espíritu, ese vivo soplo que me mantiene erguido. Cierto que mi oficio y la paciencia de quienes me aguantaron me dejó tiempo para escribir en silencio sin la exigencia, la prisa y el paso que marcan las modas y modos de la literatura oficial. Sin prisas pero sin pausas dijo Goethe, luego copiado y redicho por la retórica falangista.

Fui, a Dios gracias, ese hombre al que Leonardo Sciascia dedica esto: "mientras en tu pueblo te sigan considerando un pobre hombre puedes vivir tranquilo, pero cuando empiecen a considerarte importante entonces huye". Viví tranquilo en esta tierra de la que extraje, como de secreta mina, los materiales que nutrieron mi escritura. Nadie de mi alrededor se percató de lo que hacía, por tanto nadie me estorbó, y la inclemencia de la soledad que el ser ignorado comporta, ser "ese pobre hombre" de Sciascia, pacientemente soportada, al fin produjo el justo deseo de "poder huir", que es ahora mismo lo que más apetezco. Regresar a mi soledad, donde remedando a Ovidio, "bien vive quien bien se esconde". Aporto otra cita que viene a cuento después de la concesión del Premio Príncipe de Viana, no sé si merecido o no, pues eso es cosa de quienes lo otorgaron. Me apropio de lo dicho por Julio Cortázar a Mario Benedetti: "Antes que nos conociesen como escritores, Mario, no éramos nadie, ahora que nos conocen, no nos dejan en paz". Confieso echar de menos la paz perdida, aunque mi vanidad de viejo me ha conducido a este ruido que me aturde. El viejo, y yo ya lo soy, es tacaño, refunfuñador, y vulnerable al halago pues sabe seguro que el tiempo se le escapa como agua en cestillo.

A esta tierra, país, en la que envejecí, le di nombre: República de loar, pues esta montaña para mí mágica se alzó como imán erecto y desde mi infancia en Viana, hasta mis últimos años en Los Arcos, la tuve al alcance de los ojos. Con nieve, con niebla, con bruma, limpia y azul presidió mis días y mis países. Sus límites son imprecisos y escurridizos pero sé que tiene veintitantos lugares, concejos y consistorios, repartidos en desigual por dos valles, en el Aguilar y el de Berueza. La fructifican dos casi hilos de agua tributarios del Ebro padre, el Linares y el Odrón y yo diría que llega hasta los bordes del Ega en su margen derecha. Dos santuarios con advocación de Virgen, el de Codés, y de Santo el de San Gregorio, en cuyas paredes está dibujado en anticipación premonitoria una de las primeras "viñetas" o "comics", con la vicisitud de la vida del santo. Pueblos a distancia de tiro de piedra, sus campanas tocando a misa se contestan o enmiendan la hora de su reloj de torre, hecha excepción el de El Busto, porque "las doce en El Busto, las doce en todo el mundo". Y nunca nadie lo discutió.

Se me hace difícil hacer un dibujo, aún siquiera para la circunstancia, de esta tierra, porque el tiempo que me he asignado no da más de sí. Diría, por lo somero, que en ella hemos tenido de todo: copleros como el ciego de Metauten, y su acordeón y su humor desbordado en fuente, que aquí mismo donde ahora estamos le oí cantar un día de verano: "cuando era pequeñito/ dormía con la criada/ ahora que soy mayorcito/ no quiere la condenada/, y esta sólo es una muestra. En la memoria reciente estaban todavía bien instalados un Obispo de la

Habana que trajo en recua de mulas tesoritos de onzas de oro, jefes de partida carlista como Don Pablo Portillo y Don Mariano, entre los dignos, y entre los indignos Rosas Samaniego y su lugarteniente Jergón, y bandidos que asaltaban con la oscuridad casas habitadas, o saqueaban “vestidos con ropa que podía proceder del ejército” el lugar de Labeaga, y fueron dueños por una noche del villaje. Y con tanto hijo sobrante, tanta boca que llenar, sembró de curas, frailes y monjas el ancho mundo, y hasta uno de ellos, murió en olor, o loor, de santidad y hace milagros en Rosario, República Argentina, donde se le venera.

Podría decir mucho más y no acabaría pero no tengo más remedio.

Aún vi cómo, un poco supersticiosamente, se les ponía el nombre del santo del día a los recién nacidos. Así conocí a Hetenodoro, a Argimiro, a Domnolo y a Nihilita, con hache intercalada.

A tiempo llegué para oír un lenguaje peculiar, bello y ya extinto. A la colmena le llamaban vaso, a la origa “achun”, a los menudillos “livianos de cordero”, a la entraña excrementosa del caracol “fornio”, al cuello de quita y pon “tiracol”, al practicante le decían “ministrante”, al veterinario “albeitar” y al concejal “sindico”. En los viejos catastros los puntos cardinales se llamaban Oriente, Poniente y Mediodía. Había cárcel para gitanos y mendigos, fragua y horno comunal, ya en desuso, y en los escritos recientes figuraba la “jeringa de villa”, (lavativa) para uso vecinal, una tabla o gancho donde se colgaban bandos, anuncios y las requisitorias que en circuito venían del juzgado de Estella. Oficios reminiscentes de un siglo ya fenecido como palero, yesero, valijero, guarda de viña, (poco antes llamado de lanza), garapitero y portero (recaudador con palabra que ya está en el Fuero). Venían los capadores con su flauta travesera, los estañadores y paragüeros, los quincalleros en ambulancia y para los labradores pobres existía el Arca de Misericordia, que el servicio Nacional del Trigo, mató de golpe. En mi oficio encontré papeles de “salvoconducto” “guías” y “conducciones” y los pliegos ya impresos para confeccionar Cuentas y Presupuestos estaban impregnados de un encanto casi poético: “por el encargado de dar cuerda al reloj”, “por misa de alba”, “por dos procesiones en la celebración del santo”, “socorros a los quintos”, “material de alumbrado, aceite, gas, electricidad”, “premio a matadores de animales dañinos (lobos, raposos, picarazas, aguiluchos)”, “conducción de presos pobres a la cárcel del partido”. Todo ya muerto.

No sigo con la descripción.

Cuando llegué, el campo y los caminos que lo reticulaban estaban llenos de pájaros de chirrido o canto, raposos amparando su rastro detrás del viento, panicasillas que chupaban las ubres de las ovejas, culebras que mamaban con caricia del pezón de las parturientas y ponían el engaño de la cola en la boca del rorro, murciélagos en quebradas travesías por el anochecer, lirones, tejones, mariposas como caedizas hojas de árbol. En el seno limpio del cielo dibujaba su vuelo el duque Vladimiro, el alcavaran, las choas navegando en escuadra, el gavilán silencioso, el buitre oteador, el cernícalo, y los bubarros punteando notas en el pentagrama de los postes del telégrafo.

Y por añadidura, además, aquellas tremenda explosión de gritos, blasfemias, juramentos, estallido de látigo, chirriar de carro, relinchos, una barbarie hermosa que no se volverá a repetir. Y la vendimia, y la siembra, y la trilla, y los bueyes en las laderas. Y como había acabado recién la guerra, la del 36, claro, oí, escuché con atención el relato de la batalla del Ebro, la toma de Sigüenza, y Jadraque y el sitio de Teruel y Huesca. Y rastree atestados instruidos por la pareja de guardiaciviles en correría, juicios de faltas, actas, papeles destinados a la destrucción, librados de aquel camión que anunció su venida para trasportarlos a las fábricas de Cegama.

Así y aquí me hice, y como quiero acabar, sirva lo antedicho como recuerdo y homenaje a esta tierra mía, y no quiero pecar de olvido con el señor Charles, mi viejo alguacil de Desojo, y al señor Nazareno, también vecino del mismo lugar, que me dieron noticia cumplida de su tiempo.

Termino, dando las gracias a todos vosotros por vuestra presencia en este acto y pidiendoos perdón por la paciencia que habéis tenido escuchando este pequeño discurso.